1. PRÓLOGO
2. El propio Pablo J. Gutiérrez dice en una de sus novelas: «Todos tenemos una historia que contar; nuestra historia. Aunque pudiera parecer que todas son iguales, repletas de luces y sombras, alegrías y llantos, amor y desengaños, durante el paseo por el camino de la vida, las vivencias personales de cada uno de nosotros son tan distintas que las hacen únicas e inimitables. No juzguéis si han sido buenas o malas, solo pensad que es vuestra historia. Si nos parásemos unos instantes a escucharlas, como hace el árbol con el viento, descubriríamos cuánto nos necesitamos unos a otros y todo lo que podríamos aprender de ellas».
3. En este libro, Pablo desea compartir su historia, el trayecto de su joven vida, veintiocho años, y la experiencia del cáncer, que se ha cruzado en su camino. Nos habla de los pensamientos y las enseñanzas que ha despertado la enfermedad, y de cómo intenta mirar desde otra perspectiva para enfrentarse al miedo. Pablo ha querido incluir también reflexiones e historias personales de héroes anónimos que luchan contra el cáncer y descubrieron lo que realmente importa de la vida. Todos y cada uno de los relatos que aparecen en este libro están llenos de esperanza y de amor. Espero que, como yo hice, encuentren en sus palabras el sosiego y la paz interior que todos necesitamos.
4. Jose L. G. A.

## INTRODUCCIÓN

Mi nombre es Pablo y esta es mi historia. Te puede resultar conocida, tal vez no de forma directa, pero estoy seguro de que al ver la palabra «cáncer» en la portada de este libro, vino a tu mente algún ser querido, un vecino o, quizás, tú mismo. Este es el relato de mi vivencia, antes, durante y después de que me lo diagnosticaran y de cómo se convirtió en mi maestro.

No lo voy a azucarar. Narraré todo, o al menos lo que en mi mente quedó grabado. Os contaré cómo salí del pozo en el que me había atascado, pero también os mostraré que es posible cambiar y sonreír —siempre que se tenga la voluntad de hacerlo—.

Todo en la vida es una enseñanza y hay dos opciones: aprender y evolucionar, o repetir comportamientos. La primera opción es la complicada, ya que requiere un esfuerzo personal. Y esa fue la que escogí.

Como toda historia de estas características, la mía comienza con una dura lección: nacemos con el pensamiento de que viviremos eternamente y nunca llegará la muerte, en especial cuando somos jóvenes. La idea de que pueda ocurrir nos aterra, la censuramos y hacemos oídos sordos, pero esta es una de las pocas verdades absolutas que he aprendido: nacemos para morir.

Desde que venimos al mundo nos controlan y condicionan con mil cadenas y creencias que alimentan ese miedo y nos hacen olvidar lo importante: que somos seres libres.

Nos catalogan, nos dan un número, un nombre y empieza la instrucción. Durante los primeros años de vida crecemos inocentes y puros: lloramos, nos enfadamos, mostramos nuestra desgana y no ocultamos nuestros sentimientos. Somos auténticos.

Pero el paso del tiempo y el contacto con otras personas, nos hacen cambiar. En el momento en que tomamos consciencia de nosotros mismos y las preguntas no pueden ser contestadas, o no nos llenan las respuestas, empiezan los problemas. Padres, hermanos, maestros, etc., nos inculcan sus propias ideas, sus creencias, y nos enseñan la distinción entre el bien y el mal.

Nos clasifican como inteligentes o estúpidos en función de unas pruebas globales y estandarizadas, que de nuevo se rigen por criterios socialmente establecidos. Nos oprimen y separan por fronteras olvidando que —pese a nuestro color de piel, altura, peso, condición social y carácter— todos somos iguales. Son muchas más las cosas que nos unen que las que nos separan.

Competimos desde la niñez con el objetivo de destacar, de ser aceptados, y vamos creando una falsa máscara con la única intención de agradar o encajar. Luchamos contra nuestros semejantes a codazos y zancadillas para alcanzar el éxito, hasta que aparece una circunstancia en la vida que nos hace recapacitar.

La lucha contra el cáncer no es fácil en una sociedad tan hipócrita. «Sé feliz», «vive la vida intensamente» son frases que crean ansiedad. Tener cáncer implica una aceptación y cuando se consigue, se da el primer —y más importante— paso: estar en calma con nosotros mismos.

A todas las personas que estáis pasando la enfermedad en silencio, en soledad, con miedo a llorar, a expresar el dolor, —físico o psicológico—, tengo que deciros que no tengáis miedo ni vergüenza de mostrar cómo os sentís.

Hay que ser positivo, sí, pero enfrentándose con humildad a la enfermedad y aprendiendo de los retos que nos ofrece la vida. Vive de forma auténtica y no te sientas condicionado ni presionado. No siempre podemos ser felices. La vida está compuesta por una paleta inmensa de colores y, en todos ellos —incluso en los grises y en los oscuros— hay belleza.

*Del cáncer al amor* es la historia de un renacimiento. La historia de cómo comencé a cambiar el chip gracias a mi maestro, el cáncer.

Bienvenidos